

*diálogo en el cristianismo y las religiones* a partir de la página 875. Por lo demás, solo cabe invitar a los interesados en esta magnífica obra a su lectura atenta y paciente.

Jesús Ginés García Aiz

---

BÖTTIGHEIMER, Ch., *¿Cómo actúa Dios en el mundo? Reflexiones en el marco de la tensa relación entre teología y ciencias de la naturaleza*. Traducción de José Manuel Lozano-Gotor Perona (Ediciones Sígueme, Salamanca 2015). 285 pp. ISBN: 978-84-301-1896-0

Una nueva obra, sumamente interesante, nos ofrece la editorial Sígueme: se trata de un libro del catedrático alemán C. Böttigheimer, relativamente joven y no suficientemente conocido todavía en España. Desde la perspectiva de la Teología Fundamental el autor aborda la cuestión de la acción de Dios en el mundo, como uno de los temas importantes no sólo para la fe religiosa antigua, sino también para el hombre creyente de hoy. El supuesto religioso de que Dios interviene en nuestro mundo se encuentra con una mentalidad, cada vez más extendida, inmanente y secularizada, hasta el punto de que la pregunta sobre si se puede hablar, en nuestros días, de forma intelectualmente honesta acerca de una acción especial de Dios en el mundo, resulta inevitable. Sólo desde una respuesta racionalmente justificada a esta cuestión inicial puede encontrar la fe, también hoy, su fundamento universal más seguro.

El libro consta de nueve capítulos, agrupados en cuatro grandes apartados. *Retos que plantean las ciencias de la naturaleza* es el primero. El autor parte de una constatación que tampoco nosotros podemos negar: la vivencia de la fe atraviesa una pérdida importante de verosimilitud en nuestros días. Son numerosas –y de todo tipo– las dificultades con las que se encuentra quien, actualmente, desea vivir la confesión de su fe cristiana: experiencias negativas con la Iglesia o la falta de formación religiosa, así como el avance vertiginoso de la técnica, entre otras cosas, colocan al hombre moderno ante la disyuntiva inevitable de decidir entre la ciencia o la fe. En el siglo XIX ya Comte establecía el estadio positivo-científico como el nivel definitivo que, en el desarrollo de la humanidad, debe suplantarse al teológico, primero, y al estadio filosófico después; el hombre debe ocupar el lugar de Dios y la técnica el de la religión. Tampoco hoy parece interesar la cuestión religiosa por sí misma: un rasgo diferencial de esta sociedad secularizada, que vuelve a canonizar una razón emancipada y autosuficiente, es no ya la negación directa o explícita de Dios, sino su sustitución por la tecnología más avanzada. En el ámbito cotidiano Dios no aporta nada, incluso para los mismos creyentes, quienes no pocas veces se comportan como si Dios no existiera

o como si, existiendo, no interviniera de ningún modo en nuestro mundo. Aunque a nivel teórico no hay, ni puede haber, oposición frontal entre el mundo y Dios, lo cierto es que a nivel práctico una acción eficaz de Dios resulta, para muchos, inconcebible.

Siendo este el contexto socio-cultural actual, no puede suceder que la Iglesia se limite a la mera constatación, sino que, reconociendo el reto que constituye para su continua labor pastoral, ha de saber reflexionar y plantear de nuevo la intelección de la fe. El autor presenta esta urgencia sobre todo desde el necesario diálogo fecundo con las ciencias naturales, más si cabe desde que la indeterminación o impronosticabilidad de la reciente física parece alejar una visión determinista del mundo, y abrir la posibilidad para ciertas afirmaciones teológicas. Sólo se puede superar una lectura todavía literal o antropomórfica de la Revelación, sin caer en la esquizofrenia que se derivaría de su imposible conciliación con la racionalidad científica, si acertamos a descubrir que, aun dentro de su natural distinción, estamos ante ámbitos compatibles y complementarios: si se absolutiza la separación entre la ciencia y la fe eliminamos sus posibles conflictos, pero al precio de impedir la riqueza del diálogo entre ambas; por eso el autor habla de sus necesarias intersecciones y cruzamientos. Ahora bien, ni la teología ni las ciencias de la naturaleza pueden traspasar, legítimamente, aquellos límites que les son propios.

El segundo bloque temático nos pone ante el obrar de Dios: *La acción creadora de Dios* es su título y la conciliación entre creación y evolución su primera cuestión. A partir de la experiencia de un Dios salvador, Israel llega a descubrir que también ha de ser el principio absoluto de todas las cosas. Dios creador es la garantía de la autonomía y dignidad del mundo creado, él es su fundamento ontológico último. Mas no por ello hemos de interpretar las primeras páginas de la Biblia como si de un libro de ciencias naturales se tratara. De hecho, una interpretación literal de algunos de sus pasajes terminó por entrar en conflicto con las nuevas afirmaciones de la ciencia moderna. De esta tensión surgió un creciente cisma entre la teología y las ciencias naturales, o de otra manera, entre la Iglesia y el mundo moderno. Sin embargo, aunque no cabe hablar de Dios en términos puramente humanos, pues su trascendencia divina nos excede, en virtud de la analogía cabe una aproximación racional, toda vez que el universo lleva la huella de su autor. Aunque algunos lo hayan pretendido, no son equivalentes el concepto teológico de creación y una gran explosión originaria como hipótesis científica. Esta ciencia, que en su pretensión de resolver por sí misma los problemas del mundo fue arrinconando toda aclaración sobrenatural, como una hipótesis inútil, antes o después se encuentra con cuestiones filosóficas, metafísicas, para las que carece de una solución inmediata. Aportaciones de la exégesis, siguiendo el método histórico-crítico, o de pensadores como Chardin, han intentado una aproximación conciliadora entre la verdad de la fe y los hechos de la ciencia.

Salvando la autonomía de ambos saberes el autor apuesta por una compatibilidad que manifieste la racionalidad de la fe, sin por ello interpretar teológicamente afirmaciones científicas o introducir ilegítimamente a Dios para resolver lagunas explicativas, así como sin ignorar los límites del método científico. Cuando la física es

honesto sabe mantenerse en unas afirmaciones “neutrales” que, aunque abiertas a planteamientos metafísicos, no fuerzan a ellos. El denominado “principio antrópico” recoge, precisamente, la posibilidad de descubrir, tras el dinamismo de la evolución, la huella de una finalidad que desemboca en el hombre y, últimamente, en su creador. La teoría del “designio inteligente” nos conduce en la misma dirección: toda obra de artesanía nos remite necesariamente a su artesano. Conviene no perder de vista que no todos los pensadores que defienden la conciliación entre el evolucionismo y la fe en Dios creador son intérpretes de la Biblia en un sentido literal.

Dicha creación designa no sólo el inicio del mundo sino también su conservación en el tiempo. Dios está presente en el mundo de forma que sólo en permanente referencia a él es posible la existencia de cuanto nos rodea. Pero no se debe concebir la acción divina al modo humano, ni nos puede llevar a introducir el tiempo en Dios: su acción creadora sucede en un ahora presente –si así podemos decir– sin que con ello se introduzca en él algo temporal. Dios no interviene en un orden previamente constituido sino que su acción originaria es, más bien, la que posibilita dicho orden. Dios trascendente es a la vez absolutamente inmanente, fundamento de cuanto existe según participa más o menos de su divino ser. En virtud de tal participación es como las cosas reflejan la huella del creador. No está la razón humana tan debilitada como para que no pueda remontarse, sobre la comprensión de la *analogía entis*, al conocimiento natural de Dios; aunque este paso no es obligado, los hechos naturales se muestran abiertos a él. Se impone, merced a la diferencia ontológica fundamental, la lucha contra toda visión panteísta, no menos que superar la idea de que Dios es tan ajeno al mundo creado que apenas si interviene en su desarrollo. Cualquier lectura antropomorfa del obrar de Dios en el mundo resulta insuficiente cuando no errónea.

De tres capítulos consta la tercera parte, *La acción histórica de Dios*. Si Dios es únicamente el creador –o el fundamento último– del mundo, pero no interviene en su histórico discurrir, entonces cae la posibilidad de una historia de la salvación, cuyo protagonista es Dios mismo en favor de los hombres y la fe cristiana pierde su sentido. Cabe, en cambio, la posibilidad de que siendo Dios la causa primera no sólo no elimine, antes bien, haga posible la actuación de toda otra causa segunda. Así lo destaca Santo Tomás: Dios, ser absoluto, comunica a todo ente –de manera especial al racional– la capacidad de obrar autónomamente. Recientemente, otros teólogos han retomado la misma idea de una causalidad divina que cuenta con la acción propia de sus criaturas, aunque no todos mantienen, como hacía el Aquinate, que Dios puede obrar en el mundo al margen de las causas segundas. Nótese que, si Dios es pensado estableciendo relaciones con el mundo, si es capaz de intervenir libremente en la historia, entonces ha de ser una realidad personal. Es en virtud de la revelación del Nuevo Testamento como el creyente tiene acceso al misterio personal del Dios trinitario. Esta dimensión del Dios creador y salvador plantea otra serie de problemas filosóficos, como su conciliación con la libertad del ser humano. El autor afirma que tanto el obrar divino como el humano constituyen una causalidad conjunta, en la que Dios –causa eficiente y final– colabora con el obrar humano –causa material y formal–. La obra es

toda de Dios y toda del hombre, pero de cada uno en forma diferente. Dios no solo no anula la libertad del hombre sino que la hace posible; es su amor lo que mueve al hombre a obrar sin forzarlo por ello. La causa instrumental es como elevada a una acción que trasciende sus propias limitaciones, sin dejar de ser efecto suyo propio. La libertad, cuestionada e incluso negada por algunos desde la neurociencia, continúa siendo uno de los problemas filosóficos fundamentales.

*La acción intervencionista de Dios*, última parte del libro, aborda dos de los escollos religiosos más importantes con que se encuentra la investigación científica: el milagro y la oración. La intervención directa de Dios, cuestión esencial a la fe judeo-cristiana, choca frontalmente con la visión científica de un mundo que no necesita del recurso a ninguna realidad extraordinaria o trascendente. Si bien no han faltado teólogos que han interpretado los milagros poco menos que como mitos o símbolos, al autor le interesa si se puede seguir hablando de milagro hoy en día y en qué medida, de modo que no se choque con aquella conquista científica alcanzada. Entendido como un suceso extraordinario, por el que Dios suspende las leyes de la naturaleza, fue cuestionado por la ciencia desde la modernidad, pues ningún motivo racional hace que su negación resulte precisamente irracional. La misma exégesis histórico-crítica ha releído el milagro y lo ha hecho en clave simbólica y de revelación, en clave de fe. Según eso, no parece tener tanta importancia el hecho de la suspensión real de las leyes naturales, cuanto su significado religioso para subrayar el poder salvífico de Dios; importa el significado (subjetivo) que tal suceso tiene para quien lo experimenta. Pero de este modo cae el peso histórico y real de la acción milagrosa de Dios a favor de su alcance metafórico.

Algunos han visto en la impredecibilidad física o matemática, que se traduce en ciertas lagunas explicativas, una oportunidad para no excluir la acción inmediata de Dios sino para atribuirle ahí mismo su lugar. Se salvaría así la espontaneidad de los seres vivos, la libertad del hombre y la intervención divina (aun cuando resulte problemática la conciliación entre la acción espiritual de Dios sobre una realidad material como es el mundo: hacer de Dios una causa al margen de causas segundas creadas sería hacer de él, en el fondo, una causa creada más, que interviene en un momento o lugar, como desde fuera y de manera un tanto arbitraria). Hay quien ha leído la acción de Dios a la luz de la evolución y la ha interpretado de modo análogo a como interactúa el espíritu sobre el cuerpo humano. Pero sea como fuere, lo cierto es que las afirmaciones teológicas no se pueden mezclar con los enunciados científicos: sin caer en un paralelismo estéril, que haga de ellos dos niveles indiferentes, bien cabe plantear una compatibilidad recíproca donde cada cual se mueve dentro de su propio horizonte. Para Weissmahr se trata, en el fondo, de un acontecimiento en el que concurren dos causas: la acción de Dios obra mediante la acción de la criatura pero que, por ello mismo, se autosupera y produce algo nuevo. De este modo Dios obra mediante causas creadas pero produciendo, por elevación, algo nuevo. Desde aquí cabe entender el milagro. Diversas teorías y matizaciones son recogidas por el autor a fin de ahondar en la conciliación de ambas perspectivas, la científica y la teológica.

Si cabe destacar un milagro de entre todos, este es sin duda la resurrección de Jesús: no se trata de un acontecimiento en el que podrían sumarse –autosuperarse– la acción humana y la divina, sino de una acción absolutamente trascendente, divina. Pero por ello mismo, sólo es accesible desde la fe: aquí la acción creadora y salvífica de Dios encuentra su plenitud. No resulta verosímil, a la luz de los conocimientos científicos, sostener una acción directa de Dios en el mundo; pero tampoco está libre de problemas una explicación desde la perspectiva de la filosofía trascendental, que parece inclinarse por una acción divina más como causa final (espiritual) que como causa eficiente (o material).

Ante tales dificultades, concluye el autor aclarando el sentido de la oración (de petición), objeto del último capítulo del libro. Sólo tiene sentido dirigirse a Dios, para pedirle, si éste interviene en la vida del mundo y de los hombres. Pero el peso de las ciencias, a la hora de buscar respuesta a las cuestiones que nos afectan, ha desplazado el recurso a Dios. También la filosofía de la religión se plantea hasta qué punto puede el hombre influir o no en la libre decisión divina: omnipotencia, omnisciencia, y bondad de Dios son algunos de sus atributos difícilmente conciliables con el hecho de la oración de petición. La misma experiencia de una oración, no pocas veces no escuchada, hace que resulte problemática la cuestión. A la teología le compete la misión de no reducir la oración a mera superstición, sino de hacerla defendible ante la razón, toda vez que se muestra la acción de Dios en el mundo como no absurda y, de alguna manera, conciliable con las aportaciones de la ciencia. Dificultad especial se encuentra en el problema de la Teodicea, esto es, en la cuestión del sufrimiento (el problema del mal).

En definitiva, si no se quiere instrumentalizar la oración, esta no debe buscar sino a Dios mismo. La oración, para ser honesta, no puede pretender una intervención no mediata de Dios en el mundo, sino antes bien, crecer en la conciencia de la propia debilidad e impotencia. Se convierte así en un magnífico medio por el cual el que pide se dispone a recibir aquello que procede de la acción divina, que Dios, por este medio, quiere regalar. Lejos, pues, de entender el objeto de la petición como algo que contraría la voluntad de Dios o incluso algo lógicamente imposible. En el fondo, la oración realizada en actitud de fe, se convierte en un camino por el que la voluntad del hombre se presta a recibir lo que de la voluntad divina le llega. Y así se mueve a la acción: en la oración se refleja, dice el autor, la vocación del ser humano: volverse y entregarse a Dios. Es necesario que en ella confluyan la piedad, el fervor sincero y que su propósito se oriente a lo que es relevante para la salvación.

Queda claro, después de leer el libro, que una posible intervención de Dios en el mundo no es objeto ni competencia de la ciencia. Con todo, cabe plantear cierta relación y mutua compatibilidad entre la aportación de las ciencias y las de la teología, salvando la autonomía específica de cada realidad. Esta claridad en muchos de los temas expuestos viene dada, entre otras cosas, por un práctico resumen final que acompaña a cada capítulo del libro. Por lo que respecta al contenido, no me parece tan clara la postura sobre los milagros, pues alguna afirmación del autor parece

inducir a una interpretación de tipo simbólico y no realista o histórico. Igualmente requiere una profundización teológica mayor la explicación de la creación y de la causalidad eficiente, aplicada a aquella. Utilizar la expresión *etsi Deus non daretur* para salvaguardar la libertad de Dios y la autonomía del hombre, de forma un tanto ambigua, no está exento de riesgos.

Con todo, encuentro positivo el reto a repensar, desde las aportaciones de la ciencia y los progresos exegéticos, el modo de concebir la relación entre Dios y el mundo, lejos de negar todo posible encuentro, pero sin rendirse a una interpretación mitológica.

Por último, creo que no deja claro el autor si el resultado de la oración consiste en una acción directa de Dios o ésta hay que esperarla, más bien, siguiendo el esquema de la autosuperación de las causas creadas. Más aún, tras señalar la Pascua de Jesús, la cruz cristiana como la única referencia luminosa capaz de dotar de cierto sentido al sufrimiento humano, parece diluir lo específico del misterio cristológico con el de cada ser humano, si bien trascendido o autosuperado, abierto al espíritu. Dios actúa, pero elevando la acción del mismo hombre. De este modo la petición, cuyo primer efecto recae ciertamente sobre la persona orante, deja inmutable el ser de Dios. Por eso mismo, se elimina de la petición esperar cualquier intervención directa o inmediata de Dios.

Juan Carlos García Jarama

---

AYMANS, W. (ed.), *Once cardenales hablan sobre matrimonio y familia. Ensayos pastorales* (Ediciones Cristiandad, Madrid 2015). 205 pp. ISBN: 978-84-7057-615-7

Ediciones Cristiandad, tras haber publicado en 2014 el volumen *Permanecer en la verdad de Cristo*, y en 2015 la obra titulada *En la salud y en la enfermedad*, ofrece ahora este libro como nueva contribución a la reflexión de los sínodos sobre la familia. Se trata de una iniciativa internacional, pues el libro se ha publicado en francés, inglés, e italiano, además de en español. La obra recoge, como indica el subtítulo, diferentes ensayos escritos por cardenales de diferentes continentes y ámbitos culturales. De este modo se pretende ofrecer un conjunto coral de reflexiones sobre el matrimonio y la familia. Los ensayos se ordenan por orden alfabético de apellidos de los cardenales.

La obra se abre con el ensayo del cardenal Carlo Caffarra, arzobispo emérito de Bolonia, titulado *Misericordia y conversión*. Su reflexión se centra en el acto en el que la misericordia de Dios brilla de un modo eminente: el perdón del pecador. Siguiendo a Santo Tomás de Aquino, que juzga este acto como más divino que el propio acto